



**FRATERNIDAD INTERNACIONAL DE HOMBRES DE NEGOCIOS DEL
EVANGELIO COMPLETO**

CIRCULO DE ORACION E INTERCESION (COI)

SEMINARIO - EL HOMBRE ESPIRITUAL - CAPITULOS (13) Y (14)

PANAMA

Revisión	Descripción	Fecha
1	Emisión inicial	25-06-2021



TABLA DE CONTENIDO

1.	CAPITULO 13 (LA CRUZ Y EL ALMA)	3
1.1	EL LLAMAMIENTO DE LA CRUZ	3
1.2	LA CRUZ Y LOS EFECTOS DEL ALMA	3
1.3	LA CRUZ Y EL YO DEL ALMA	6
1.4	LA CRUZ Y EL AMOR DEL ALMA HACIA EL MUNDO	10
1.5	LA CRUZ Y EL PODER DEL ALMA	12
2.	CAPITULO 14 (EL CREYENTE ESPIRITUAL Y EL ALMA)	15
2.1	LA DISTINCION ENTRE EL ESPIRITU Y EL ALMA	15
2.2	LA PRACTICA	20
2.3	EL AMOR BAJO EL CONTROL DEL ESPIRITU SANTO	23

1. CAPITULO 13 (LA CRUZ Y EL ALMA)

1.1 EL LLAMAMIENTO DE LA CRUZ

En los cuatro evangelios el Señor Jesús, por lo menos en cuatro ocasiones les dijo a Sus discípulos que renunciaran a la vida del alma, que le dieran muerte y que lo siguieran a Él. El Señor sabía que renunciar a la vida anímica es un requisito absolutamente indispensable para seguirlo a Él, obtener la perfección de ser como El en servir al hombre y en hacer la voluntad de Dios. Aunque esas cuatro veces el Señor Jesús habló acerca de la vida del alma, hizo un énfasis diferente en cada caso. Sabemos que la vida del alma tiene varias manifestaciones; por eso el Señor da énfasis a un aspecto diferente cada vez. Todo discípulo del Señor debe prestar atención a lo que Él dice. El Señor hace el llamado a que el hombre ponga la vida de su alma en la cruz.

1.2 LA CRUZ Y LOS EFECTOS DEL ALMA

En Mateo 10:38 y 39, el Señor Jesús dijo: "Y el que no toma su cruz y sigue en pos de Mí, no es digno de Mí. El que halla la vida de su alma, la perderá; y el que la pierde por causa de Mí, la hallará."

Estos versículos nos instan a perder la vida anímica por causa del Señor, y a llevarla a la cruz para que sea inmolada. Antes de estos versículos, el Señor Jesús dijo que los enemigos del hombre son los de su propia casa y habló de que un hijo, por causa del Señor, se separa de su padre, la hija de su madre, y la nuera de su suegra. Debido a que la voluntad de Dios se opone a la de nuestra familia, debemos, por causa del Señor, separarnos de quienes más amamos. Esta es la cruz, y eso es la crucifixión. Según la vida de nuestra alma, amamos a los que nos agradan; nos gusta obedecerles y deseamos actuar de acuerdo con sus deseos. Cuando nuestros amados están contentos, ¿no está alegre nuestro corazón? Pero en este pasaje, el Señor Jesús nos llama a no rebelarnos contra El a causa de nuestros amados. Cuando la voluntad de Dios está en conflicto con los deseos del hombre, aunque sea la persona a quien más amamos y la que más nos ama, y aunque sintamos dolor y nos resistamos a herir su corazón, debemos, por causa del Señor, tomar la cruz y entregar nuestros afectos a la muerte.

El Señor Jesús nos llama de este modo a abandonar nuestros afectos naturales. **En el versículo 37 añade: "El que ama a padre o madre más que a Mí, no es digno de Mí; el que ama a hijo o hija más que a Mí, no es digno de Mí"**.

En Lucas 14:26 y 27 consta lo siguiente: "Si alguno viene a Mí, y no aborrece a su padre, y madre, y mujer, e hijos, y hermanos y hermanas, y aun la vida de su alma, no puede ser Mi discípulo. Y el que no lleva su cruz y viene en pos de Mí, no puede ser Mi discípulo". En Mateo se le muestra al creyente la elección que debe hacer con respecto a sus afectos: debe amar al Señor **más** que a su familia. En Lucas se describe la actitud que el creyente debe mantener hacia el amor que se origina en su vida anímica: debe aborrecerlo.

En realidad, esto significa que el creyente no debe tener amor hacia los demás, debido a que los ama en el nivel natural. Se nos prohíbe amar a otros, debido a que los amamos en lo natural. Aun seres que nos son tan queridos como son nuestros padres, nuestros hermanos, nuestra esposa y nuestros hijos están incluidos en la lista de prohibiciones. El amor natural se origina en la vida del alma y hace que el creyente se apegue a los demás, aferrándose a los que ama y exigiéndoles amor. Para el Señor esta clase de vida debe ir a la muerte. Aunque no hayamos visto al Señor y nuestros corazones todavía prefieran ir en pos de nuestros seres queridos, y nuestra vida exija tenerlos, El desea que tengamos un corazón que lo ame a Él, a quien no hemos visto. Quiere que rechacemos el amor que procede de nuestra naturaleza. El Señor Jesús quiere que estemos libres de todo amor para con el hombre y que no utilicemos nuestro propio amor para amar a nuestros semejantes. El desea que amemos al hombre, no según el gusto natural de nuestra alma, ya que el amor de nuestro hombre **natural** debe cesar. Pero si llegamos a amar al prójimo, es porque tenemos una relación completamente nueva en el Señor. Los amamos por causa del Señor, a quien amamos, no con nuestro propio amor. Debemos, **por causa del Señor**, recibir de El Su amor para amar a nuestros semejantes. En pocas palabras, nuestro amor al prójimo debe ser regulado por el Señor. Si Él quiere, debemos amar aun a nuestros enemigos. Si el Señor no quiere, no debemos amar ni a los seres más queridos de nuestra familia. El Señor no quiere que nuestros corazones se apeguen a nada, para que libremente le sirvamos a Él.

Para que esto se cumpla, la vida del alma debe ser rechazada. En esto consiste la cruz. Obedecer a Cristo y hacer a un lado los sentimientos humanos hace que el amor natural de los creyentes sufra y se aflija, lo cual llega a ser para el creyente, en una manera práctica, la cruz. Esto lo capacita

por medio de su disposición a negarse al yo y a perder la vida del alma que actúa en la esfera del amor. Con frecuencia, abandonar a los que uno ama hiere el corazón y quebranta el alma. Muchas lágrimas y gemidos y tristeza inefable se experimentan cuando se pierde un ser amado. Todo ello trae sufrimientos a nuestra vida. Pero nuestra alma se resiste a negarse a nuestros seres queridos por causa del Señor. Al hacer morir el alma, al estar **dispuestos a morir**, los creyentes logran escapar del poder del alma. La pérdida del afecto natural que experimentamos al poner nuestra vida anímica en la cruz permite que el Espíritu Santo derrame el amor de Dios en nuestro corazón cuando entramos en Su presencia, pues esto hace que el amor del alma sea expresado por medio de Dios y en Él.

Recordemos que, desde la perspectiva humana, es legítimo y normal poseer la vida del alma, y no involucra corrupción como los pecados. El amor mencionamos, ¿no es compartido por los hombres? ¿No es legítimo amar a nuestra familia? Sin embargo, el Señor nos llama a vencer todo lo natural y, por causa de Dios, a renunciar aun a nuestros derechos legítimos para mezclarnos con Dios. Dios quiere que lo amemos más que lo que Abraham amaba a Isaac. Aunque Dios dio al hombre la vida del alma cuando lo creó, Él desea que el hombre esté dispuesto a no vivir por esa vida. El hombre mundano no puede comprender el deseo de Dios; pero cuando el creyente gradualmente avanza y se pierde en la vida de Dios, llega a conocer Su voluntad. ¿Quién puede comprender por qué Dios, habiendo dado a Abraham un hijo, Isaac, le pidió que renunciara a él? Sin embargo, quienes conocen el corazón de Dios no se conforman con los dones naturales dados por Dios, sino que desean descansar en Dios, el dador. El propósito de Dios es que estemos adheridos únicamente a Él, y no a ninguna persona, cosa ni asunto, aunque estas personas, cosas o asuntos nos los haya dado Él mismo.

Dios quiere que Sus hijos lo abandonen todo y lleguen a ser Suyos totalmente.

No sólo deben hacer a un lado las cosas que ellos mismos comprenden y consideran peligrosas, sino que también deben poner en la cruz, guiados por el Espíritu Santo, lo más legítimo de su vida humana, como, por ejemplo, el afecto.

El deseo de nuestro Señor está lleno de significado, ya que el afecto del hombre es una facultad muy difícil de controlar. Si el creyente no pone sus afectos en la cruz y no está dispuesto a que se les dé muerte, tendrá grandes obstáculos en la vida espiritual. Debido a que las relaciones humanas son tan variables, los afectos cambian continuamente. Cuando la facultad del afecto es estimulada, el ser del creyente fácilmente pierde su

normalidad espiritual. **Un creyente anímico se molesta y pierde la paz en su espíritu con mucha frecuencia. La tristeza, los gemidos, los lamentos y las lágrimas son el resultado normal del afecto.** Si el Señor no tiene la preeminencia en nuestros afectos, es difícil que la tenga en lo demás. Esto es una evidencia de la espiritualidad y también una forma de medirla. Por lo tanto, debemos aborrecer nuestra propia vida y no darle oportunidad a nuestro amor humano de actuar libremente. Lo que el Señor exige es contrario a nuestras intenciones naturales. Lo que amábamos, ahora debemos odiarlo. **No sólo debemos odiar lo que amamos, sino también la facultad de donde procede el amor, es decir, nuestra vida anímica.** Este es el camino hacia la espiritualidad. Si verdaderamente tomamos la cruz, ello evitará que el afecto del alma controle y afecte al espíritu, y nos capacitará para amar a otros por el poder del Espíritu Santo. Así trató el Señor a Su familia cuanto estuvo sobre la tierra.

1.3 LA CRUZ Y EL YO DEL ALMA

En Mateo 16:24-25 el Señor Jesús también habló de la relación que hay entre la vida del alma y la cruz: **"Entonces Jesús dijo a Sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar la vida de su alma, la perderá; y el que la pierda por causa de Mí, la hallará"**. En estos versículos, de nuevo nuestro Señor hace un llamado a Sus discípulos a que tomen la cruz y a estar dispuestos a hacer morir y perder la vida del alma. Lo que dice aquí y lo que dijo en Mateo 10 no es lo mismo. La parte de la vida anímica que se destaca en **Mateo 10 es el afecto**, mientras que aquí en el **capítulo dieciséis es el "yo"** del hombre el que aparece en primer plano. Si leemos el pasaje anterior, veremos que el Señor Jesús les habla a los discípulos de la clase de sufrimientos que Él tendría al ir a la cruz. Entonces Pedro, debido a su intenso afecto por el Señor, le dijo: **"¡Dios tenga compasión de Ti, Señor!"** Debido a que Pedro estaba poniendo su mente en las cosas del hombre, no estaba dispuesto a permitir que su Señor sufriera en la carne sobre la cruz. No entendía que el hombre debe poner su mente exclusivamente en las cosas de Dios. Aun si se trata de sufrir la muerte de cruz, debía poner la mente en las cosas de Dios. Él no sabía que debía amar más la voluntad de Dios que a su yo. Era como si hubiera pensado: **"Señor, vas a ir a la cruz a sufrir de tal manera, y aunque estás haciendo la voluntad de Dios, llevando a cabo Su propósito y actuando de acuerdo a Su plan, ¿qué va a ser de Ti? ¿no piensas en los sufrimientos que pasarás por hacer la voluntad de Dios? Señor, iten misericordia de Ti!"**

El Señor le indicó, que tal manera de condolerse de uno mismo viene de Satanás, y luego se dirigió a Sus discípulos como si dijera: **“No sólo yo iré a la cruz, sino también todo aquél que quiera seguirme y ser Mi discípulo”**. Mi destino también debe ser el vuestro. No creáis que Yo soy el único que debe hacer la voluntad de Dios, pues vosotros Mis discípulos también deben hacerla. Así como no me preocupo por Mí y aun estando en la cruz, incondicionalmente sigo haciendo la voluntad de Dios, así vosotros no debéis preocuparos por vuestra vida anímica, sino estar dispuestos a perderla para hacer lo que Dios quiere.

Pedro le preguntó que por qué no tenía compasión de Sí mismo, pero el Señor le respondió que uno debe **“negarse a sí mismo”**. Hay que pagar un alto precio para hacer la voluntad de Dios. Al oír esto la carne tiembla. Cuando lo que nos gobierna es la vida del alma, no podemos ser gobernados por la voluntad de Dios. Esto se debe a que la vida del alma quiere seguir las intenciones del yo, pero no quiere obedecer la voluntad de Dios. Cuando vemos que Dios nos llama a ir a la cruz y a negarnos a nuestro yo, a sacrificarnos y perder todas las cosas por causa de Él, inconscientemente nuestra vida del alma produce una actitud de autocompasión. A menudo, nuestra vida anímica nos impide estar dispuestos a pagar el precio necesario para obedecer a Dios. Cada vez que estamos dispuestos a escoger el camino angosto de la cruz y a sufrir por causa de Cristo, la vida anímica sufre pérdida. Solamente de esta manera perdemos nuestra vida anímica, y sólo por este medio podemos obtener la vida espiritual de Cristo para que nos gobierne totalmente y de una manera pura dentro de nosotros, y nos capacite para hacer lo que Dios desea en beneficio de toda la humanidad.

Si prestamos atención a la ubicación de los pasajes anteriores, comprenderemos la perversidad de la obra de la vida anímica. **Pedro dijo esto poco después de recibir revelación de Dios**, por la cual comprendió el misterio que el hombre no podía entender. Dios el Padre personalmente le había revelado que el humilde Jesús, a quien los discípulos seguían, era el mismo Cristo, el Hijo del Dios viviente. Sin embargo, inmediatamente después de recibir tal revelación, fue controlado por la vida de su alma y le aconsejó a su Señor que tuviera compasión de Sí mismo. **Debemos saber que una revelación espiritual o un conocimiento maravilloso no pueden garantizarnos que no seremos controlados por el alma**. Por el contrario, la vida anímica de quienes poseen conocimiento y experiencias elevadas puede ser más difícil de detectar que la de otros y, por ende, más difícil de

ser eliminada. Si no aplicamos la cruz para ponerle fin a la vida anímica, ésta siempre permanecerá en el hombre intacta.

En esto vemos la incapacidad total de la vida del alma. La vida anímica de Pedro se manifestó, no para su propio beneficio, sino para el del Señor Jesús. Él amaba al Señor, tuvo compasión de Él y deseaba que el Señor fuera feliz; no deseaba que el Señor pasara por ningún sufrimiento. Su corazón no era malo, de hecho, su intención era muy buena, pero esto no era más que su afecto humano, el cual procedía de su alma. El Señor no quería ningún sentimiento de conmiseración de parte del alma. A la vida anímica no se le permite ni siquiera amar al Señor! Aquí vemos que es perfectamente posible ser anímico al servir al Señor, al adorarle y al expresarle nuestro amor. También vemos que la vida del alma no es aceptable ni aun en el asunto de amar al Señor o ser solidario con El. El propio Señor Jesús sirvió a Dios haciendo a un lado Su alma. Del mismo modo, El no desea que el hombre le sirva por medio de su alma. **El Señor insta a sus discípulos a hacer morir la vida anímica no sólo porque ésta puede amar al hombre, sino porque hasta es capaz de adorar al Señor. Lo que al Señor le interesa es de dónde procede la realización de Su comisión, no qué tan bien se lleve a cabo.**

Aunque Pedro expresaba su amor hacia el Señor, ese amor era la manifestación de Pedro mismo. El adoraba más al cuerpo físico del Señor Jesús que la voluntad de Dios, y le aconsejó al Señor que se preocupara por Sí mismo. Esta era la manifestación de Pedro mismo. Por eso el Señor hizo este llamado. **La vida del alma tiende a ser independiente, a servir a Dios de acuerdo con lo que ella considera bueno, pero no está dispuesta a andar según la voluntad de Dios.** Hacer la voluntad de Dios equivale a perder el alma. Cada vez que la voluntad de Dios es llevada a cabo, la intención del alma es quebrantada. Cada quebranto de la intención del alma es una aplicación práctica de la cruz.

El Señor Jesús llamó a Sus discípulos a abandonar la vida anímica debido a que Pedro habló según su alma. Pero el Señor también notó que las palabras de Pedro venían de Satanás. Así vemos cómo Satanás utiliza la vida anímica del hombre. Si esta vida no es llevada continuamente a la muerte, Satanás tiene una herramienta con la cual trabajar. Pedro dijo aquello debido a su amor por el Señor, pero Satanás lo utilizó. Pedro oró al Señor y le pidió que tuviera misericordia de Sí mismo, pero Satanás lo inspiró a hacerlo. Es un hecho que Satanás puede decirle al hombre que ame al Señor y que ore. El no teme que el hombre ore ni que ame al Señor; lo que teme es que el hombre no utilice la vida anímica para amar y orar al Señor. Si la vida del alma sobrevive, Satanás puede expandir su obra. Espero que Dios nos haga comprender el daño que esta vida causa. Los creyentes no deben pensar

que son espirituales solamente porque aman al Señor y anhelan las cosas celestiales. La vida del alma tiene que ir a la muerte. **De lo contrario, la voluntad de Dios no se cumplirá, y la vida del alma será utilizada por Satanás.**

La autocompasión, el amor propio, el temor a los sufrimientos y la evasión de la cruz son las manifestaciones de la vida del alma. **La meta principal de la vida del alma es preservar su existencia.** Por eso, no está dispuesta a sufrir ninguna pérdida. Por lo tanto, el llamado del Señor es que debemos negarnos al yo y tomar nuestra cruz, para así perder la vida de nuestra alma. Siempre que estamos ante la cruz, somos instados a perder nuestro yo. Debemos tener un corazón que haga caso omiso de nuestro yo, para que mediante el poder de Dios nos neguemos a nuestra vida anímica por causa de otros. El Señor dice que la cruz es **nuestra** porque es lo que cada uno de nosotros recibió de Dios. A fin de llevar a cabo la voluntad de Dios, Él nos llama a tomar nuestra cruz. Es nuestra porque Dios nos la dio, pero también está relacionada con la cruz de Cristo, ya que cuando estamos dispuestos a tomar nuestra propia cruz, mediante el Espíritu de la cruz de Cristo, la fuerza de la cruz de Cristo entra en nuestro ser y nos capacita para perder la vida de nuestra alma. Cada vez que tomamos la cruz, perdemos nuestra vida anímica, pero cuando evadimos la cruz, nutrimos y preservamos la vida de nuestra alma.

Nótese bien que lo que el Señor Jesús dice aquí no es algo que pueda cumplirse de una vez por todas, mediante un gran esfuerzo. **En Lucas 9:23 se agrega la expresión "cada día" a la frase "tome su cruz"**. Esta clase de cruz es continua e incesante. Con respecto a nuestra muerte al pecado, sabemos que esta cruz **ya es un hecho cumplido** que sólo requiere nuestro reconocimiento y aceptación. Pero con respecto a perder la vida del alma, esta cruz es distinta. No se refiere a un hecho logrado, sino que requiere una práctica y una experiencia diaria. Esto no significa que nunca perdemos la vida del alma o que gradualmente la perdemos; sino que la relación efectuada en la cruz con relación a la vida del alma es diferente a la relación realizada en la cruz con respecto al pecado. La muerte al pecado fue **lograda por Cristo** a favor de nosotros; pues cuando El murió, todos morimos con El. Pero perder la vida del alma no es un hecho logrado, sino que requiere que diariamente tomemos nuestra propia cruz mediante el poder de la cruz del Señor, determinándonos a negar el yo hasta que se pierda por completo. Perder la vida del alma no es un asunto que pueda llevarse a cabo de una vez por todas, haciendo un gran esfuerzo, ni en un corto tiempo.

Con respecto a morir al pecado, una vez que reconocemos nuestra posición de estar clavados en la cruz **(Ro. 6:6)**, somos libres inmediatamente del

pecado, y su poder no nos puede oprimir ni nos puede esclavizar más. La victoria completa se puede obtener en un instante. Sin embargo, la pérdida de la vida natural es un proceso que se realiza paulatinamente. Cuando la Palabra de Dios (He. 4:12) penetra cada vez más profundo, la obra de la cruz también se hace más profunda, y el Espíritu Santo hace que la vida espiritual crezca más, uniéndola más al Señor.

El creyente no puede negarse a la vida anímica si no la conoce. La revelación de la Palabra de Dios debe incrementarse; entonces la obra de la cruz será más profunda. Por consiguiente, debemos tomar esta cruz diariamente. Cuanto más entendimiento haya acerca de la voluntad de Dios y de nuestro yo, más necesidad habrá de la obra de la cruz.

1.4 LA CRUZ Y EL AMOR DEL ALMA HACIA EL MUNDO

En Lucas 17:32-33 nuestro Señor dice algo parecido, pero da énfasis a las cosas del mundo: **“Acordaos de la mujer de Lot. El que procure conservar la vida de su alma, la perderá; y el que la pierda, la conservará”**. Aquí el Señor habla nuevamente de que debemos perder la vida del alma, pero da especial énfasis a la pérdida de las pertenencias. El Señor nos dice que recordemos a la esposa de Lot, ya que ella no pudo olvidarse de sus posesiones ni aun en un momento de tanto peligro. No se regresó ni caminó hacia Sodoma, ni siquiera retrocedió un centímetro. Todo lo que hizo fue mirar hacia atrás. Pero ¡cuánto quedó revelado en esa simple acción! Esto reveló un anhelo por su pasado.

Es posible que el creyente exteriormente deje el mundo y renuncie a todas las cosas, pero en su corazón aun ama lo que abandonó por amor al Señor. **Esto es obra de la vida del alma. Un creyente que se ha consagrado al Señor no debe regresar al mundo, ni debe esforzarse por recuperar lo que abandonó por amor al Señor.** Si su corazón no está dispuesto a separarse del mundo, eso es suficiente para mostrar que no ha visto claramente la posición del mundo en relación con la cruz. En ese caso, no es necesario que la vida del alma opere para hacer que el hombre regrese y vuelva al mundo. Basta con que el creyente secretamente, en su corazón, se resista a abandonar las cosas que había decidido dejar o que ya había abandonado.

Cuando la vida del alma verdaderamente se ha perdido, nada del mundo pueden tocar el corazón del creyente. En realidad, la vida anímica pertenece al mundo; así que se resiste a abandonar las cosas del mundo. Solamente cuando el creyente está dispuesto a hacer morir la vida del

alma, puede seguir decididamente la enseñanza que el Señor dio en el monte (Mt. 5-7). En esa ocasión, el Señor no mencionó explícitamente la función de la cruz, pero sabemos que, si un creyente tiene la experiencia genuina de haber muerto juntamente con el Señor, no sólo de haber muerto al pecado, sino también de negarse a la vida del alma basado en que "ya está muerto", tendrá que idear métodos para cumplir lo que Jesús enseñó en ese monte. Si la cruz no ha hecho una obra profunda en el alma del creyente, aun cuando pueda externamente vivir según lo que enseñó Jesús, su corazón internamente no estará en armonía con su conducta.

La condición para ganar la vida espiritual es que debemos sufrir pérdida; sólo así tendremos ganancia. No importa cuánto hayamos acumulado para ser contados como ricos en el mundo, pues la realidad es que cuanto más ricos somos, más perdemos. No debemos usar la acumulación de bienes para medir nuestra vida; debemos medirla por la cantidad de pérdidas.

Nuestra verdadera medida la determina cuánto vino hayamos derramado. Lo importante no es cuánto hayamos retenido, pues quien ha perdido más es quien más tiene para abastecer a otros. El poder del amor puede verse por el sacrificio del amor. Si nuestros corazones no han dejado de amar los bienes mundanos, nuestra vida anímica aún no ha estado bajo el quebrantamiento de la cruz. **En Hebreos 10:34** dice que ciertos creyentes fueron despojados de sus bienes, y lo aceptaron con gozo. Esto es el resultado de la obra de la cruz. La actitud de los santos hacia sus posesiones indica si la vida de su alma ha sido preservada o si ya ha sido llevada a la muerte.

Si realmente deseamos una vida pura y espiritual, debemos permitir que Dios obre en nuestro corazón para que nos separemos verdaderamente de todas las cosas mundanas y no volvamos a tener la intención que tuvo la esposa de Lot. Para experimentar la plenitud de la vida espiritual en Cristo es necesario dejar de amar los bienes materiales. Cuando el Espíritu Santo nos revela la realidad celestial y la plenitud de la vida espiritual, llegamos a menospreciar todas las cosas mundanas, ya que no tienen comparación con las celestiales. **Esa es la experiencia que el apóstol Pablo describe en Filipenses 3.** Primero, él contó todas las cosas como pérdida; después, lo perdió todo para ganar a Cristo; y finalmente, nos dijo que el resultado de esto es conocer el poder de la resurrección de Cristo. Ahí yace la plenitud de la vida espiritual. Por lo general, no sabemos cuánto poder tiene la vida del alma. Cuando somos probados en las cosas materiales, vemos lo que verdaderamente es nuestra vida anímica. Algunas veces parece que se requiere más gracia de parte de Dios para dejar las posesiones que para

perder la vida. Los bienes materiales son realmente el medidor que muestra si la vida del alma se ha perdido o se ha preservado.

Los hijos de Dios que prestan mucha atención a lo que beben, comen y a su vida diaria deben permitir que la cruz haga una obra profunda en ellos para que sus espíritus no sean afectados ni encerrados por sus almas. De ese modo, sus espíritus se separarán de todas las cosas mundanas y podrán vivir en Dios sin obstáculos. Todo aquél que se preocupa por las cosas del mundo, lo hace debido a que su vida anímica no se ha perdido ni ha pasado por la cruz.

1.5 LA CRUZ Y EL PODER DEL ALMA

En Juan 12:24-25 el Señor Jesús de nuevo habló acerca de la vida del alma: "De cierto, de cierto os digo, que, si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. El que ama la vida de su alma la perderá; y el que la aborrece en este mundo, para vida eterna la guardará". Más adelante, explicó el significado de estos dos versículos diciendo: "Y Yo, si soy levantado de la tierra, a todos atraeré a Mí mismo. Pero decía esto dando a entender de qué muerte iba a morir" (vs. 32-33). Ese capítulo de la Biblia nos presenta el ministerio del Señor Jesús en su esplendor, pues había resucitado a Lázaro, y debido a eso muchos judíos creyeron en El; inclusive unos griegos vinieron a verlo. En tales circunstancias, El entró en Jerusalén donde fue bien acogido. Desde el punto de vista humano, parecía que la cruz no era necesaria y que el Señor podía atraer a los hombres hacia Sí mismo sin ella, pero Él sabía que no había otra manera de que el hombre fuera salvo aparte de la cruz. Aunque Su obra externamente era muy próspera, Él estaba consciente de que, si no moría, no podría dar vida al hombre. Si moría, podría atraer a los hombres a Sí mismo y darles vida. El Señor declaró explícitamente la función de la cruz. Consideró Su propio ser como un grano de trigo. Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, sigue siendo un solo grano.

Si el Señor era crucificado y moría, podría dar vida a muchos hombres. Aquí el Señor indicó que la condición para llevar fruto es la muerte. Si no hay muerte no hay fruto. No hay otra manera de llevar fruto excepto mediante la muerte.

Sin embargo, nuestra meta no es detenernos a examinar cómo fue el Señor Jesús. Queremos prestar especial atención a la relación que esto tiene con nuestra vida anímica. El Señor Jesús, en el versículo 24 relacionó al grano de trigo consigo mismo, pero en el versículo 25 indicó que Su muerte y

mucho fruto no deben aplicarse exclusivamente a Él. El dio a entender que todo aquel que es Su discípulo debe seguir Sus pisadas y explicó la relación que tiene el grano de trigo con los creyentes.

El grano de trigo representa la vida del alma. Si dicho grano no muere, no puede llevar fruto. De igual manera, si la vida del alma no muere, tampoco puede llevar fruto. Lo que el Señor Jesús recalca es la necesidad de llevar fruto. Aunque la vida del alma es muy poderosa, su poder no puede llevar fruto. Todos los talentos, los dones, el conocimiento, la sabiduría y el poder que proceden de la vida del alma, son incapaces de hacer que los creyentes produzcan muchos granos. Así como el Señor Jesús tuvo que morir a fin de llevar fruto, asimismo los creyentes deben morir para llevar fruto. El Señor indicó que, aunque el poder de la vida anímica es bueno, es inútil en la obra de Dios para llevar fruto.

Cuando los creyentes laboran para el Señor, el mayor peligro que corren es que confíen y usen todo el poder de su vida anímica: su habilidad, sus dones, su conocimiento, su poder de persuasión, su elocuencia y su inteligencia. En la experiencia de muchos creyentes espirituales, si no concentran toda su atención en dar muerte a la vida anímica, ésta será muy activa laborando para el Señor. Por un lado, deben pedirle al Señor que no permita que la vida del alma tenga oportunidad de inmiscuirse y, por otro, deben velar para no permitir que ella realice ninguna actividad. Así que, ¿cómo podrán impedir la intrusión de esta vida quienes no están dispuestos a renunciar a ella ni a velar ni a orar? Todas las cosas que pertenecen al alma deben morir. Debemos estar dispuestos a no depender de ellas para nada. Debemos estar dispuestos a permitir que Dios nos haga pasar por la oscuridad de la muerte sin depender de nada, sin tener ningún sentimiento, sin ver nada y sin ningún entendimiento, más confiando silenciosamente en la obra de Dios. De esta manera, El hará que obtengamos una vida anímica gloriosa, pero en resurrección. **“El que la aborrece [la vida de su alma] en este mundo, para vida eterna la guardará”.** La vida del alma no se pierde, sino que pasa por la muerte. Cuando morimos y no podemos ver ni sentir nada, Dios (**no nosotros**) puede usar nuestra vida anímica para impartirnos Su vida. Si la vida del alma no se pierde, el creyente sufrirá la mayor pérdida, más si se pierde, será preservada para vida eterna, y Dios la podrá utilizar.

No debemos cometer el error de pensar que nunca volveremos a usar nuestra mente ni nuestras habilidades. Este versículo explica claramente: **“El que la aborrece [la vida de su alma] en este mundo, para vida eterna la guardará”.** Aparentemente, tenemos que perder nuestra alma, pero en realidad, la preservamos para vida eterna. Hacer morir el alma no es destruirla ni deshacernos de sus diferentes facultades, de la misma manera

que "el cuerpo de pecado sea anulado" (Ro. 6:6) no significa amputar las manos ni los pies ni los oídos, ni sacarse los ojos. Después de destruir el cuerpo de pecado, se nos dice que "presentemos ... nuestros miembros a Dios como armas de justicia" (v. 13). De igual manera, hacer morir la vida del alma y tomar la cruz para seguir al Señor, no significa que de aquí en adelante vamos a ser como madera o piedras, sin sensaciones ni pensamientos ni ideas, ni que nos deshicimos del uso de todas las facultades del alma. Los miembros del cuerpo y las facultades del alma siguen presentes y se pueden utilizar, excepto que ahora son renovadas, fortalecidas y dirigidas por el Espíritu Santo.

Lo importante es si las facultades de nuestra vida anímica son fortalecidas y dirigidas por el Espíritu Santo, mediante el espíritu humano, o por la vida del alma. Las facultades aún existen, pero la vida que las dirigía y animaba ha muerto. De esta manera, el Espíritu Santo tiene la oportunidad de ser la vida de estas facultades por medio de la vida trascendente de Dios.

Cada facultad de nuestra alma, aunque haya pasado por la muerte, sigue existiendo. Hacer morir la vida del alma no significa que nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad hayan sido completamente aniquiladas y que ahora estén vacías.

En la Biblia, leemos acerca del pensamiento, el deseo, el gozo, la satisfacción y el amor de Dios. Inclusive, hablando del Señor Jesús, la Biblia dice que Él amó, se regocijó, se afligió y hasta lloró. Cuando estaba en el huerto de Getsemaní, "ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas" (He. 5:7). Podemos ver que las facultades del alma no se desvanecen, ni el creyente se hace insensible ni indiferente. El alma del hombre es su mismo yo, su personalidad y todas las facultades que pertenecen a su vida. Si todo esto no es vitalizado por la vida del Espíritu que viene de lo alto, entonces, recibirá poder para vivir de la vida del alma del hombre natural. En cuanto a sus facultades, el alma todavía está presente; pero en lo que se refiere a su vida, debe ser totalmente rechazada. Todo lo que pertenece al alma debe mantenerse en la muerte. Solamente esto permite que el Espíritu Santo use cada facultad del alma sin interferencia de la vida natural.

Esta es la vida en resurrección. Si el hombre no ha obtenido la vida trascendente de Dios, una vez que se pierda en la muerte, está muerto y no puede resucitar. El Señor Jesús pudo morir y resucitar debido a que en Él, estaba la vida increada de Dios, la cual puede pasar por la muerte, sin ser destruida y manifestarse de nuevo en la frescura y la gloria de la resurrección. El Señor Jesús derramó Su alma hasta la muerte y entregó Su espíritu en las manos de Dios. Debido a que Su espíritu tenía la misma vida de Dios, pudo resucitar. Su muerte solamente lo libró de la vida del alma,

e hizo que Su vida, la vida del Espíritu de Dios, se manifestará en plenitud y gloria. Si un hombre muere sin la vida de Dios, aunque su espíritu permanezca para siempre, él no podrá resucitar en la vida eterna como lo hizo el Señor.

Es difícil que el hombre entienda que Dios, habiéndonos dado Su vida, desee que tengamos la experiencia de morir juntamente con el Señor, lo cual hace que Su propia vida en nosotros, pase de nuevo por la muerte y la resurrección. Sin embargo, esta es la ley de la vida de Dios. Debido a que poseemos esta vida, podemos pasar por la muerte y seguir viviendo. Tal muerte hace que perdamos la vida de nuestra alma, y nos hace aptos para estar en la resurrección de la vida eterna, donde obtenemos la vida de Dios de una manera más rica y más gloriosa.

El propósito de Dios es depositar Su vida en nosotros y conducir nuestra vida anímica a la muerte, para que cuando Su vida resucite, haga que nuestra vida anímica resucite juntamente con El y lleve fruto por la eternidad. **Esta es la lección más elevada y más profunda** de la vida espiritual. Únicamente el Espíritu Santo puede revelarnos cuán indispensable es la resurrección, y cuán necesario es mostrarnos que también la muerte es indispensable.

2. **CAPITULO 14 (EL CREYENTE ESPIRITUAL Y EL ALMA)**

2.1 **LA DISTINCION ENTRE EL ESPIRITU Y EL ALMA**

Hemos puesto tanto empeño en hablar de la distinción que existe entre el espíritu y el alma, con sus respectivas actividades, con el fin de poder llegar a este punto. Un creyente que busca diligentemente a Dios debe temer ante todo que el alma funcione más allá del límite establecido por Dios. Por mucho tiempo el alma ha tenido el control. Aun cuando el creyente está dispuesto a consagrarse a Dios, puede mantener la idea de que esto es **su** obra, y que tiene que llevar a cabo lo que ha consagrado a fin de agradar a Dios. Muchos creyentes no saben cuán profundamente debe obrar la cruz, aun al grado de que el creyente rechace su facultad de valerse por sí mismo. Muchos no ven la realidad de que el Espíritu Santo mora en ellos. Y tampoco

conocen la autoridad tan grande que Él debe ejercer, al grado de que la mente, la voluntad y los sentimientos de todo el ser del creyente deben sujetársele, hasta que ya no haya nada de confianza en uno mismo. De no ser así, el Espíritu Santo no puede hacer la obra que desea. **La tentación más grande del creyente que diligentemente busca el rostro de Dios es usar su habilidad para tomar decisiones y para hacer la obra de Dios, en vez de esperar humildemente confiando en que el Espíritu Santo lo moverá.**

El Señor Jesús nos llama a la cruz para que aborrezcamos nuestra vida anímica a fin de que encontremos la oportunidad de perderla y no guardarla. El Señor desea que el yo sea inmolado y ofrecido incondicionalmente, para que el Espíritu Santo pueda obrar. Toda opinión, obra y capacidad intelectual de la vida anímica deben ser llevadas a la muerte, para que recobremos Su vida mediante la vida y dirección del Espíritu Santo. El Señor habló de que o aborrecemos nuestra vida anímica o la amamos. El alma se ama a sí misma. Si nosotros no aborrecemos nuestra vida natural con todo nuestro corazón, no podremos vivir genuinamente en el Espíritu Santo. Si un creyente no ha visto esto, no tendrá temor de su yo ni de su inteligencia, y no esperará ni buscará al Espíritu Santo ni confiará totalmente en El. **Estos son los requisitos primordiales para la vida espiritual.**

La guerra entre el alma y el espíritu se libra secreta y continuamente en el interior del creyente. El alma, en pro del yo, quiere ser la cabeza y actuar por su cuenta. El espíritu, a favor de Dios, quiere ganar todo el ser del creyente y ser el amo con toda la autoridad. En tal situación, si el espíritu no obtiene la victoria, el alma toma el liderazgo. Si el creyente se convierte en el amo y espera que el Espíritu Santo sea su ayudante y bendiga su obra, inevitablemente perderá el fruto espiritual. Si no nos rechazamos a nosotros mismos ni perdemos la vida del alma, sino que seguimos sus ideas, opiniones y sugerencias, y si no rechazamos constantemente sus derechos y los reducimos a cenizas incondicionalmente y sin reservas, sin añorar lo que perdimos, no podremos tener una vida ni una obra espiritual que agrade a Dios. Si no estamos dispuestos a renunciar al poder, a los deseos y a la vivacidad de la vida anímica ni a hacerla morir, aborreciéndola constantemente, ella aprovechará cualquier oportunidad para volverse a levantar. **La razón por la cual tenemos tantos fracasos en nuestra vida espiritual es que mientras esperamos vencer la vida del alma recibiendo más del Espíritu Santo y de su poder, el aspecto bueno del alma no es quebrantado.**

Si no perdemos la vida del alma ni le damos muerte, sino que se le permitimos mezclarse con el espíritu, seguiremos fracasando igual que antes. Si nuestra vida no manifiesta exclusivamente el poder del Espíritu

Santo, no pasará mucho tiempo sin que fracasemos de nuevo, debido a la sabiduría y la opinión del hombre.

La vida anímica de nuestro hombre natural es un obstáculo para nuestra vida en el espíritu. Nunca está satisfecha con Dios solo y siempre quiere agregar algo además de Él. Nunca tiene un momento de paz. Antes de que la vida del alma del creyente sea quebrantada, ella vive de sus emociones y sentimientos, los cuales son muy variables; debido a esto, su vida es bastante inestable. Esto explica por qué la vida de los creyentes es como el vaivén de las olas del mar. Cuando los creyentes permiten que sus experiencias espirituales se mezclen con la vida de su alma, éstas llegan a ser tan inestables que él no es apto para tomar ningún liderazgo. Cuando no nos hemos negado a la vida del alma, ella constantemente induce al hombre a abandonar su centro, el espíritu. Algunas veces es el efecto de las emociones el que perjudica grandemente la libertad y la percepción del espíritu. El gozo y la tristeza hacen que un creyente pierda el dominio propio y sienta que ha estado sin restricción y que tiene problemas para contenerse. Algunas veces son las actividades excesivas de la mente las que hacen que la quietud de la vida espiritual sea afectada y se desordene. Sin duda, es bueno desear conocimiento espiritual. Sin embargo, si excede los límites espirituales, el resultado será la letra, y no el espíritu. Esto explica por qué muchos obreros, aunque predicán las verdades excelentes son tan fríos y están tan muertos. Muchos creyentes que buscan la vida espiritual tienen una experiencia en común, algo que los hace gemir: su alma y su espíritu no son uno. Esto significa que la mente, la voluntad y la parte emotiva del alma a menudo se rebelan contra el espíritu y no obedecen sus mandamientos. A veces quieren actuar por su propia cuenta, independientes del espíritu y contradiciendo sus deseos. En esta clase de vida, la que usualmente sufre es la vida del espíritu.

La enseñanza presentada en **Hebreos 4:12** es muy importante porque es precisamente ahí donde el Espíritu Santo nos dice cómo dividir el alma del espíritu en nuestra experiencia. Dividir el alma del espíritu no es una doctrina; el creyente puede y debe tener esa experiencia vital. ¿Qué significa dividir el alma del espíritu? **En primer lugar**, consiste en que Dios por medio de Su Palabra y mediante Su Espíritu que mora en nosotros, puede establecer una diferencia en nuestra experiencia entre las funciones y la expresión del alma y las del espíritu, enseñando al creyente a conocer lo que es la acción del espíritu, y lo que es la actividad del alma. **Segundo**, cuando el creyente está dispuesto a cooperar, puede experimentar una vida espiritual pura que no es afectada por el alma. En **Hebreos 4** el Espíritu Santo habla del oficio del Señor Jesús como Sumo Sacerdote de los creyentes. **El versículo 12** dice: **"Porque la palabra de Dios es viva y eficaz,**

y más cortante que toda espada de dos filos; y penetra hasta partir el alma y el espíritu, las coyunturas y los tuétanos, y discierne los pensamientos y las intenciones del corazón". El versículo 13 añade: "Y no hay cosa creada que no sea manifiesta en Su presencia; antes bien todas las cosas están desnudas y expuestas a los ojos de Aquel a quien tenemos que dar cuenta". Aquí la Biblia habla de la manera en que el Señor Jesús lleva a cabo Su obra como Sumo Sacerdote con relación al espíritu y al alma de los creyentes. El Espíritu Santo compara al creyente con un sacrificio puesto sobre el altar. En el Antiguo Testamento, cuando el pueblo ofrecía sacrificios, la víctima era atada sobre el altar; luego, el sacerdote la inmolaba con un cuchillo afilado, la abría por la mitad, para que las coyunturas y los tuétanos fueran cortados y abiertos. Las entrañas, que estaban escondidas anteriormente y no podían verse, eran abiertas y quedaban expuestas.

Después de abrir el sacrificio, el sacerdote lo quemaba en ofrenda a Dios. El Espíritu Santo utiliza todo esto para describir la obra que el Señor Jesús hace en el creyente, y la experiencia que éste obtiene en el Señor. Así como el sacerdote abría con un cuchillo el sacrificio para que las coyunturas y los tuétanos quedaran expuestos y partidos por la mitad, así sucede con los creyentes hoy. Por medio de la Palabra de Dios, el alma se divide del espíritu por la acción del Sumo Sacerdote, el Señor Jesús, a fin de que el alma no afecte al espíritu, y de que el espíritu no sea controlado por el alma. De este modo, cada uno tiene su propio lugar, y el creyente puede distinguir **entre lo que es del alma y lo que es del espíritu, sin confusión ni mezcla.**

Anteriormente los sacerdotes utilizaban cuchillos para cortar y abrir los sacrificios, pero ahora el Sumo Sacerdote emplea la Palabra de Dios para dividir el alma del espíritu en el creyente. El cuchillo del sacerdote del Antiguo Testamento era muy afilado, ya que podía cortar el sacrificio en dos y podía penetrar y partir las coyunturas y los tuétanos, pese a que están sólidamente unidos. Ahora la palabra de Dios, utilizada por el Señor Jesús, es más cortante que toda espada de dos filos y puede dividir perfectamente las partes más íntimas del hombre, a saber: **el alma y el espíritu.**

La palabra de Dios es "viva", pues tiene el poder de la vida, y "eficaz", ya que puede hacer la obra; y es "más cortante que toda espada de dos filos", pues penetra hasta el espíritu. La Palabra de Dios puede penetrar más allá del alma, hasta lo más recóndito del ser humano, el espíritu. De esta manera, los creyentes son guiados a lo que está más hondo que los sentimientos, a la vida eterna del espíritu. Si el creyente desea tener una vida estable en Dios, necesita entender qué significa penetrar en el espíritu. Únicamente el Espíritu Santo puede mostrarles a los creyentes lo que son la vida del alma y la vida del espíritu. Cuando el creyente en su experiencia puede distinguirlos y puede conocer su valor, deja atrás la vida superficial

de las emociones y obtiene la vida espiritual sólida y profunda. Sólo entonces puede descansar. **La vida del alma nunca trae reposo al hombre.** Pero esto tiene que ser comprendido por experiencia. De no ser así, el entendimiento mental sólo hará a los creyentes más anímicos.

Debemos prestar especial atención a las palabras **“penetra”** y **“partir”**. La Palabra de Dios penetra en el alma y en el espíritu para poderlos partir. Cuando el Señor Jesús fue crucificado, Sus manos, Sus pies y su costado fueron traspasados. ¿Estamos dispuestos a permitir que la cruz opere en nuestra alma y en nuestro espíritu? El alma de María fue traspasada (**Lucas. 2:35**). Aunque Dios le había dado este hijo, ella tenía que cederlo y entregar todos sus derechos con respecto a ese hijo. Tenía que rechazar el amor natural y deshacerse de todo lo que estaba adherido a su alma. Esta es la obra que la Palabra de Dios debe hacer en nosotros. Dividir el alma y el espíritu no solamente separa el alma del espíritu, sino que además parte al alma misma, lo cual tiene mucho significado, pues a fin de que la palabra de vida llegue a nuestro espíritu, primero tiene que partir el alma, ya que ella rodea al espíritu. La palabra de la cruz penetra en el alma y, al partirla, abre el camino para que la vida de Dios llegue al espíritu y lo libere del cautiverio en que lo tenía el alma. Cuando la vida del alma tiene las huellas de la cruz, mantiene una posición sumisa al espíritu.

Si el alma no es un canal para el espíritu, entonces se convierte en su cadena. **El alma y el espíritu nunca están de acuerdo en nada. Si el espíritu no tiene la preeminencia, las dos estarán en conflicto.** El espíritu lucha para obtener la libertad y la autoridad, pero la vida del alma, que es bastante fuerte, hace lo posible por reprimirlo, pero cuando la vida del alma es quebrantada por la cruz, el espíritu es liberado. Si el creyente ignora el daño causado por el alma al no querer estar en armonía con el espíritu y al no estar dispuesta a abandonar el placer de vivir por los sentidos, él no podrá progresar.

En tanto que el alma tenga aprisionado al espíritu, la vida del espíritu no puede brotar. Al leer cuidadosamente la enseñanza de este pasaje bíblico, descubrimos que el espíritu se separa del alma mediante dos cosas: **la cruz y la Palabra de Dios.**

El sacrificio tiene que ser puesto sobre el altar, y luego el sacerdote puede usar el cuchillo para partir el sacrificio en dos. **Sabemos que el altar en el Antiguo Testamento es la cruz en el Nuevo Testamento.** Por lo tanto, si los creyentes no están dispuestos a morir en la cruz, no pueden esperar que su Sumo Sacerdote divida el alma y el espíritu con la espada cortante de Dios, es decir, con Su Palabra. Primero somos puestos sobre el altar, y después la espada nos parte. Los creyentes tienen que ir a la cruz. Sólo entonces

pueden esperar que el Señor Jesús cumpla Su tarea de Sumo Sacerdote y parta su alma y su espíritu mediante Su palabra. Por lo tanto, los creyentes que deseen obtener la experiencia de que su alma y su espíritu se dividan, deben escuchar la voz del Señor, que los llama a ir al Gólgota, para que ellos mismos se pongan en el altar, sin ninguna reserva confiando en que su Sumo Sacerdote los abrirá y dividirá su alma y espíritu con Su cortante espada. Ahora los creyentes se presentan como ofrenda agradable a Dios sobre el altar. Después de esto, el Sacerdote efectúa su oficio, usando su cuchillo para dividir. Los creyentes, por su parte, deben cumplir esta condición y confiar el resto de la experiencia a las manos de su fiel Sumo Sacerdote. En el momento oportuno, sin duda alguna, Él les permitirá tener una experiencia espiritual plena.

2.2 LA PRACTICA

Como dijimos antes, el Sumo Sacerdote opera porque nosotros aceptamos la cruz. Veamos la manera en que el Señor Jesús, en la práctica, parte nuestra alma y nuestro espíritu.

a. Es necesario que nuestra alma y espíritu sean dividido

Si no sabemos esto, no se nos hará tal exigencia. El creyente debe pedirle al Señor que le muestre lo detestable de una vida en la que el espíritu y el alma están mezclados, y debe saber que en Dios existe una vida que es más elevada y a la vez más profunda, una vida que es exclusivamente del espíritu y que no es afectada por el alma. Debemos comprender que una vida en la que el espíritu y el alma están mezclados es una pérdida.

b. Debemos desear esta división

El creyente no solamente debe conocer, sino también desear sinceramente que su espíritu y su alma se dividan; debe haber un deseo intenso en el corazón para experimentar esta separación. Esto se debe a que ahora todos los problemas están en la voluntad del hombre. Si el creyente no está dispuesto o no quiere que su espíritu y alma se dividan, y prefiere disfrutar lo que él mismo considera bueno, Dios respetará su decisión y nunca lo forzará.

c. Debemos rendirnos totalmente

Si el creyente está dispuesto a tener la experiencia de que su espíritu y su alma sean partidos, debe ponerse sobre el altar de la cruz y estar dispuesto

sin reservas y de corazón a aceptar el efecto de la cruz y a experimentar la muerte del Señor hasta que el espíritu y el alma se separen. Para tener esta experiencia, su voluntad continuamente debe ser una con la de Dios, escogiendo de una manera viva y activa esa separación.

Además, debe mantener la actitud de que hasta que la obra de separación se efectúe, él no desea que el Sumo Sacerdote detenga Su operación.

d. Debemos permanecer en Romanos 6-11

Los creyentes deben tener mucho cuidado de no caer en pecados ni transgresiones mientras buscan la experiencia de que el espíritu y el alma se separen.

La base para que el espíritu y el alma se separen es que el creyente ya murió al pecado. Por lo tanto, el creyente diariamente debe tener la actitud descrita en **Romanos 6:11**, es decir, debe considerarse verdaderamente muerto al pecado, y con todo su corazón debe mantener esta actitud en su voluntad: **"No reine, pues, el pecado en vuestro cuerpo mortal"** (v. 12). Sólo así, el creyente puede impedir que la vida del alma peque de nuevo por medio del cuerpo mortal.

e. Orar y leer la palabra

El creyente debe escudriñar la Biblia en oración y meditación. Debe permitir que la Palabra de Dios penetre en él profundamente para que su vida anímica sea limpia por la Palabra de Dios, porque si el creyente puede andar según la Palabra de Dios, su vida anímica no podrá actuar.

Este es el significado de lo dicho en **1 Pedro 1:22**: **"Puesto que habéis purificado vuestras almas por la obediencia a la verdad"**.

f. Tomar la cruz diariamente

Para que el Señor pueda dividir nuestro espíritu de nuestra alma, nos dará oportunidades para que en las circunstancias tomemos la cruz. Si el creyente toma la cruz diariamente, rechaza el yo y no es dirigido por la carne ni un sólo momento, y si el Espíritu Santo constantemente le revela las actividades del alma en su vida diaria, entonces experimenta la vida del espíritu. Si el creyente se somete fielmente, el Señor dividirá su alma y su espíritu en lo secreto para que pueda tener una vida espiritual pura.

g. Andar por el Espíritu.

Andar por el Espíritu es una condición que nos salvaguarda, y también es la condición para que nuestro espíritu y nuestra alma sean separados. En todas las cosas, los creyentes deben procurar andar por el espíritu, distinguiendo lo que es del espíritu de lo que es del alma, decidiendo seguir de una manera incondicional todo lo que sea del espíritu y rechazar lo que sea del alma. El creyente debe aprender a conocer la obra de su propio espíritu y seguirlo.

Todas éstas son condiciones que los creyentes deben cumplir. El Espíritu Santo necesita que nosotros colaboremos con Él. Si no aceptamos lo que nos corresponde, el Señor no podrá hacer lo que le toca a Él. Si hacemos nuestra parte, nuestro Sumo Sacerdote dividirá nuestro espíritu y nuestra alma mediante el poder de la cruz y la espada cortante del Espíritu Santo. Él hará que todo lo que provenga de las emociones, los sentimientos, la mente y la habilidad natural, se separe del espíritu, y que no se mezclen en lo absoluto. Todo creyente que ve el peligro de que su espíritu y su alma se mezclen, tratará de ser librado. El camino de la liberación está abierto, pero no es fácil. El creyente debe orar diligentemente para ver claramente su triste condición y para saber dónde mora y labora el Espíritu Santo y cuáles son Sus requisitos. Debe ver el misterio y la realidad de que el Espíritu Santo mora en él, respetar esta presencia santa y ocuparse de que nada hiera al Espíritu Santo. **Necesita saber que lo que más lastima al Espíritu Santo, fuera del pecado, y lo que más lo perjudica a él, aún más que el pecado, es que él viva y obre apoyándose en la vida del yo. La transgresión original del hombre se debió a que deseó algo bueno, la sabiduría y el conocimiento, pero lo buscó según su propio parecer.** Esta es la clase de transgresión de la que los creyentes se arrepienten y en la cual vuelven a caer constantemente. Los creyentes deben saber que ya creyeron en el Señor y que el Espíritu Santo mora en ellos. Por consiguiente, el Espíritu debe tener toda la autoridad, y el alma debe someterse completamente a Él.

Esto no significa que si oramos y le pedimos al Espíritu Santo que nos guíe y opere en nosotros, ya todo está bien y todo se cumplirá; no, no es así, pues a menos que día tras día hagamos morir la vida del alma junto con su habilidad, su sabiduría y sus sentimientos, y que estemos sinceramente dispuestos a someternos totalmente a Él, a esperar Su dirección, y a confiar en Su obra, no veremos que Él está obrando.

El creyente debe ver que lo que separa su alma y su espíritu es la Palabra de Dios. El Señor Jesús mismo es la Palabra de Dios; así que Él por medio de Sí mismo separará nuestra alma de nuestro espíritu. ¿Estamos dispuestos a permitir que Su vida y Sus logros separen nuestra alma de nuestro espíritu? ¿Estamos dispuestos a buscar Su vida para que llene

nuestro espíritu, a fin de quebrantar el alma de modo que no pueda actuar? **La Biblia es la palabra escrita de Dios, y el Señor Jesús divide el alma y el espíritu con las enseñanzas de la Biblia.**

2.3 EL AMOR BAJO EL CONTROL DEL ESPIRITU SANTO

Dijimos anteriormente que el espíritu, el alma y el cuerpo del ser humano corresponden al templo santo, el cual consta del Lugar Santísimo, el lugar santo y el atrio. También dijimos que Dios vive en el Lugar Santísimo. Hay un velo que separa el Lugar Santísimo del lugar santo. Parece que este velo cubría la gloria y la presencia de Dios dentro del Lugar Santísimo y lo separaba del lugar santo. Esto hace que el hombre sienta y vea solamente las cosas que están fuera del velo, en el lugar santo, y que no entienda ni conozca lo que hay en el Lugar Santísimo. Así, la presencia de Dios no se puede ver en las situaciones externas de la vida, a menos que uno crea.

Sin embargo, la existencia de este velo fue temporal. Venido el tiempo, el cuerpo del Señor Jesús, que era la realidad de ese velo (**He. 10:20**), fue crucificado para que el velo se rasgara de arriba abajo (**Mt. 27:51**). Ahora lo que separaba al Lugar Santísimo del lugar santo ha desaparecido. El propósito de Dios no es quedarse para siempre en el Lugar Santísimo, sino que quiere extender Su presencia al lugar santo. Sin embargo, El espera que la obra de la cruz sea completada, ya que sólo por medio de la cruz el velo puede rasgarse para que la gloria de Dios brille desde el Lugar Santísimo.

Por lo tanto, cuando el creyente permite que la cruz complete su obra, Dios hace que el espíritu y el alma tengan la experiencia del Lugar Santísimo y el lugar santo en Su templo santo. Si el creyente se somete constantemente al Espíritu Santo, sin ninguna resistencia, la comunión entre el Lugar Santísimo y el lugar santo se hace mejor y más armoniosa día tras día. En poco tiempo, el creyente verá un gran cambio. Es la obra de la cruz la que hace que el verdadero velo del templo santo, tanto en el cielo como en la tierra, se rasgue. De esta manera, la cruz ejerce un efecto verdadero y tangible en la vida y experiencia del creyente, haciendo que pierda su vida anímica y que no se conduzca de una manera independiente, sino que confíe y espere en la vida espiritual para que ésta genere el poder para vivir y obrar. **“El velo rasgado” es entonces una experiencia que se llega a tener en el espíritu y el alma del creyente.** Esto hará que la gloria del Lugar Santísimo donde habita el Dios Altísimo llene abundantemente nuestra vida diaria. Nuestro vivir y nuestras actividades en el lugar santo serán

santificadas por la gloria que proviene del Lugar Santísimo, y hará que nuestra alma sea como el espíritu, habitada y regida por el Espíritu de Dios. De esta manera, nuestra mente, nuestra parte emotiva y nuestra voluntad serán llenas del Espíritu Santo. Finalmente, lo que anteriormente teníamos en el espíritu, mediante la fe, llega a nuestra alma. Además, esto nunca decrecerá ni sufrirá pérdida.! **“La gloria de Jehová llenó la casa. Y no podían entrar los sacerdotes en la casa de Jehová, porque la gloria de Jehová había llenado la casa de Jehová” (2 Cr. 7:1-2).**

Desde ahora, nuestras actividades, aunque sean tan buenas como las de aquellos sacerdotes que servían a Dios, no tendrán la oportunidad de actuar ante la gloria de Dios. La gloria de Dios estará en todo, y no tendremos que recalcar la obra que se hace con los animales.

Este es el otro aspecto de la separación del espíritu y el alma. En cuanto al problema de que el alma afecta y controla al espíritu, la obra de la cruz divide el alma del espíritu. Pero en cuanto a ser llenos del Espíritu Santo y permitir que el espíritu tenga la autoridad, la obra de la cruz hace que el alma no sea independiente, sino que esté perfectamente unida al espíritu. En cuanto a la experiencia de nuestro vivir personal, debemos procurar que el espíritu y el alma lleguen a ser uno. Así que, si permitimos que la cruz y el Espíritu Santo operen de una manera profunda, veremos que lo que el alma ha perdido no es nada comparado con lo que ha ganado. Lo que muere lleva fruto; y lo que se perdió está guardado para vida eterna. Si nuestra vida anímica está bajo el control del espíritu, veremos que nuestra alma tendrá un cambio radical. Anteriormente era completamente inútil en Sus manos. Para Dios estaba perdida, ya que vivía únicamente para nosotros mismos, siempre deseando actuar en un modo independiente. Pero ahora, aunque perdida para el hombre, ha sido ganada para Dios. Desde ese momento somos aquellos de quienes se habla en **Hebreos**

10:39: “Los que tienen fe para ganar el alma”. Esto es mucho más profundo que lo que se conoce comúnmente como **“la salvación del alma”**. Aquí se habla específicamente de la vida. Ahora que el creyente ha aprendido a no actuar ni conducirse siguiendo sus sentimientos ni influido por lo que ven sus ojos, tiene fe para salvar su vida a fin de servir y glorificar a Dios. Lo que aparentemente se perdió, en realidad, se gana. **Santiago 1**, también menciona esta salvación:

“Recibid con mansedumbre la palabra implantada, la cual puede salvar vuestras almas” (v. 21). Cuando una rama es injertada en un árbol, recibe la naturaleza de ese árbol. De igual manera, cuando la palabra de Dios es injertada en nuestra vida, nos transmite su naturaleza. De este modo la rama llega a ser útil e incluso a llevar fruto. Por la palabra de vida

obtenemos la vida de la palabra. La rama no es eliminada, sino que obtiene una vida nueva como principio de su vitalidad. Todo lo que pertenece al alma está todavía allí, excepto que ahora no es la vida del alma la que produce las facultades de su conducta, sino la vida de la palabra de Dios. Esta es la verdadera salvación del alma.

Nuestro sistema nervioso es muy sensible y es fácilmente estimulado por las circunstancias. Las conversaciones, las actitudes, el ambiente y las relaciones humanas pueden fácilmente afectarnos. Nuestra mente tiene muchos pensamientos, planes e imaginaciones, todos los cuales son muy confusos. **Nuestra voluntad tiene muchas opciones e ideas y le encanta actuar según sus caprichos.** Ninguna de las facultades de nuestra vida anímica nos da paz. Ya sea en una manera individual o colectiva, la vida del alma nos hace cambiar constantemente, nos turba, nos confunde y nos inquieta.

Sin embargo, debido a que el alma es gobernada por el espíritu, podemos ser librados de ese caos.

El Señor Jesús dijo: **"Tomad sobre vosotros Mi yugo, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón; y hallaréis descanso para vuestras almas"**.

Si estamos dispuestos a rendirnos al Señor, a tomar Su yugo y a andar según Su voluntad, la vida de nuestra alma no será estimulada. Si estamos dispuestos a imitar al Señor y a aprender de Él, al ver que Él fue despreciado y que no hizo Su propia voluntad sino la voluntad de Dios, entonces la confusión de nuestra alma se disipará. El motivo por el cual lloramos y nos lamentamos es que no estamos satisfechos con la misma clase de trato que el Señor recibió, ni estamos dispuestos a someternos a la voluntad de Dios ni a lo que El dispuso para nosotros. Si hacemos morir la vida del alma y nos rendimos totalmente al Señor, nuestra alma **(con sus sensibilidades)**, descansará en el Señor y no pensará que Él nos desea algún mal.

El alma controlada por el Espíritu Santo se halla en reposo.

Antes estábamos muy ocupados en nuestros planes; ahora confiamos tranquilamente en el Señor. Antes estábamos afligidos y ansiosos; ahora somos como un niño que acaba de alimentarse y descansa en el regazo de su madre. Antes estábamos llenos de nuestras propias ideas, de deseos y de ambiciones; ahora sabemos que únicamente la voluntad de Dios es buena, y descansamos en Dios. Esto es perfecta sumisión y gozo perfecto. Cuando nos damos incondicionalmente al Señor, todo está tranquilo y en paz. **Efesios 6:6**, hablando de lo mismo, dice: **"Sino como esclavos de Cristo, haciendo la voluntad de Dios, de corazón" (o con toda el alma)**. No es como antes, que nos apoyábamos en el alma, es decir, en nosotros mismos, para

hacer la voluntad de Dios; sino que es con el alma, con todo el corazón, haciendo la voluntad de Dios. Mediante la obra de la cruz, la vida del alma que anteriormente se rebelaba contra Dios, ahora está totalmente sometida a Su voluntad. Anteriormente todo era superficial, y hacíamos nuestros propios asuntos según nuestra voluntad o en el mejor de los casos, hacíamos la voluntad de Dios, pero según nuestro parecer. Mas ahora somos uno con Dios en todas las cosas.

Un alma gobernada por el Espíritu Santo no se preocupa por sí misma. **“No os inquietéis por vuestra vida (alma)” (Mt. 6:25)**. Ahora buscamos primeramente el reino de Dios y Su justicia, y confiamos en que Dios cuidará de nuestras necesidades diarias. La vida del alma tiene que ser quebrantada por la cruz mediante el Espíritu Santo para que no esté preocupada por ella misma. **La primera manifestación del alma es que está consciente del yo**. Ya que el creyente es uno con Dios y perdió el yo, puede confiar plenamente en Dios. El amor propio, los planes y la preocupación por uno mismo, productos del alma, son eliminados en la práctica. Debido a esto, el creyente ya no hace planes en los asuntos prácticos.

Puesto que la cruz cumplió su obra, no tenemos que afanarnos por nosotros mismos. Anteriormente nos preocupábamos, pero ahora que conocemos a Dios podemos buscar apaciblemente **Su reino y Su justicia. Si nos preocupamos por lo que a Dios le interesa, Él se hará cargo de lo que nosotros necesitamos**. Antes los milagros eran raros y escasos para nosotros, pero ahora vivimos en el Dios que hace milagros, sabiendo que El proveerá para toda necesidad. Esto no se logra utilizando la mente, sino descansando en las manos de Dios. Ya que el poder de Dios es nuestro descanso, todo lo relacionado con nuestra vida diaria, como, por ejemplo, la comida y la bebida, llegan a ser insignificantes. **“De modo que también los que padecen según la voluntad de Dios, encomienden sus almas al fiel Creador, haciendo bien” (1 P. 4:19)**. Esto es lo que enseña la Biblia. Algunas veces las personas del mundo solamente conocen a Dios como Creador, y no como Padre. Ahora sabemos que todo lo que nos sucede es permitido y predestinado por El. **Un alma gobernada por el Espíritu Santo es un alma tranquila, pacífica y obediente**.

No sólo debemos entregar nuestra alma al Señor, sino que también debemos amarlo y anhelarlo. **“Está mi alma apegada a Ti” (Sal. 63:8)**. Ya no nos atrevemos a tener fe en nosotros mismos ni a ser independientes ni a servir al Señor según los caprichos de nuestra alma.

Ahora seguimos al Señor cuidadosamente, aun con temor y tenacidad sin atrevernos a soltarlo ni por un momento. Ya no actuamos solos sino en

completa sumisión a Él, no de mala gana, sino dispuestos y con gozo; ahora aborrecemos la vida de nuestro yo, y anhelamos y amamos al Señor.

Tal creyente no se jacta en sí mismo ni se exalta a sí mismo ni abierta ni secretamente, sino que reconoce que es inútil y se humilla para exaltar al Señor, pues no quiere robar la gloria al Señor para dársela al yo (**al alma**), sino que magnifica al Señor en su alma. Si el Señor no es magnificado en el alma del hombre, no es magnificado en ningún lugar.

Solamente esta clase de persona no estima preciosa su vida anímica (**Hch. 20:24**), sino que la pone por sus hermanos (**1 Jn. 3:16**). Si no dejamos de amarnos a nosotros mismos, entonces cuando el Señor nos llame a llevar la cruz juntamente con El, retrocederemos. Si uno rechaza diariamente la vida del alma, podrá, por amor al Señor, **no estimar preciosa su vida**. Aun en condiciones normales, uno debe vivir como mártir, dispuesto a entregar su vida en la cruz, para que cuando el momento llegue, pueda ser inmolado por amor al Señor. Si uno continuamente lleva una vida dispuesta a ser derramada por amor a los hermanos y no exige sus derechos ni su comodidad, sino que se niega al yo cada día, cuando la necesidad lo requiera, podrá poner su vida por los hermanos.

El verdadero amor hacia el Señor y hacia los hermanos proviene de no amar al yo. Un Cristo que quisiera salvarse y se condoliera de Sí mismo, no nos habría amado ni habría muerto por nosotros. Si El me ama, se entrega a Sí mismo por mí. Rechazar la vida del alma produce un corazón que ama, pues la fuente de la bendición es el derramamiento de la sangre.

Al llevar esta clase de vida, el alma prospera (**3 Jn. 2**). **La prosperidad no se consigue porque uno haya ganado algo, sino por haberlo perdido todo.** Sin embargo, perder la vida del alma no es perder la vida, ya que el alma está perdida en Dios. **La vida del alma es egoísta y absorbente.** El alma que se pierde en la vida de Dios vive en la vida ilimitada que Él tiene. En esto consiste la libertad y la prosperidad. Cuantas más pérdidas suframos, mayor será nuestra ganancia. Nuestras posesiones no se miden por la cantidad que acumulemos, sino por la cantidad que demos. ¡Esta es la verdadera vida fructífera!